

Siempre trataban de excluirme de todas las actividades que realizaban, lo hacían de una forma solapada y discreta porque nuestros padres se conocían y no buscaban recibir un reto por algo que no valía la pena. Yo me desesperaba cuando los veía dirigirse a la canchita porque a mí me gustaba el fútbol mucho y ellos me aceptaban cuando no había forma de esquivar mi participación porque el rechazo era muy evidente. Íbamos todos al mismo grado y nos conocíamos de chicos dado que todos vivíamos relativamente cerca. Allí estaba Juan imponiendo su corpachón y su voluntad sobre los otros que eran más chicos de cuerpo y más sumisos, era dos años mayor pero como había repetido dos veces de grado, se juntaba con ellos a pesar de la diferencia de edad. Tenía una forma burlona de ser aún con sus seguidores. A mí no me toleraba, el rechazo que el resto me hacía estaba dirigido por él argumentando quién sabe qué cosas. Mamá tenía una actitud blanda y siempre me repetía que eran chicos, papá vivía en otro mundo como para detenerse a pensar qué cosas le pasaban a su único hijo de trece años. Yo como todos los niños sufría por la aceptación de mis pares y tenía la esperanza bobá de que algún día se revertiría la situación. También estaba Fabio, lo que tenía de habilidoso en el fútbol le restaba a discernimiento propio de las cosas, Juan era su referente y su líder, para pensar estaba él y a la vez le ahorraba ese penoso proceso a él. Luisito era el más bueno y considerado, procuraba incluirme en todas las actividades mientras los otros no se negaran pero era indudable que me veía con mucha simpatía. Recuerdo un día, que llevaron a Juan al médico y él se juntó a jugar con Fabio llamándome enseguida. Ambos tenían 12 años, yo 13 y Juan 14. Ese año terminábamos la escuela primaria y todos iríamos a la escuela Técnica porque nuestros padres consideraban que era lo indicado para los varones.

Juan ya era un adolescente, sus hormonas habían despertado y lo mostraba con gran orgullo cuando sacaba su miembro para orinar, exhibiendo su tamaño y la cantidad de pelos que tenía en esa zona, riéndose de nosotros, que todavía no habíamos pegado el estirón y apenas teníamos tres pelos locos. Le gustaba hablar de mujeres y de las cosas que él haría con esta o aquella. Una vez nos desafió a todos, sorprendiéndonos, a ver si podíamos largar la “leche” que él largaba. Los tres quedamos atónitos, cuando peló su miembro y lo empezó a sacudir con fuerza un buen rato hasta que saltó un grueso chorro de semen hacia adelante, y exclamó ufano, — ¿A qué no pueden? —

Yo sentía una mezcla de temor, respeto y admiración por Juan y cuando me pedía algo en contadas ocasiones trataba de complacerlo para que viera que yo era un seguidor suyo. Era muy bueno para las piñas y eso le daba un margen mayor de respeto, lo que no tenía de inteligente lo tenía de fuerte.

Cuando terminaron las clases, se le ocurrió a Juan ir tres días de camping en un lugar que quedaba a la orilla del río, sus compañeros habituales rápidamente se entusiasmaron y yo que escuché el proyecto, también, quería formar parte del grupo, tener amigos, que no me excluyeran de las actividades de mi edad.

No sé qué pasó, si mi madre intervino y habló con los otros padres o Juan cambió de opinión por alguna razón. Lo que en definitiva resultó es que yo también iría al camping con el resto de mis compañeros. Yo no cabía de alegría por dos razones, una se debía a la actividad, mi padre jamás me llevaba a algo así, su vida se resumía a trabajar, comer, dormir y ver televisión. La otra era ser uno más en el grupo y poder participar de una actividad en conjunto. Mi madre me ayudó a preparar la mochila con las cosas que ella consideraba no debían faltar. La carpa sería una sola y pertenecía a Juan y tenía

capacidad para seis personas, sería una experiencia inédita la de cocinarnos solos y no contar a la noche con el beso cariñoso de mi madre. El papá de Luisito nos llevaría hasta el lugar en su gran camioneta y nos ayudaría a instalarnos durante la mañana del jueves, nos quedaríamos hasta el domingo después de mediodía donde el mismo padre nos iría a buscar para traernos de regreso a casa.

El día pasó rápido, cuando el papá de Luisito nos dejó instalados, recorrimos el lugar, preparamos nuestro almuerzo y aprovechamos el calor para estar todo el día en el agua. Yo estaba feliz, me sentía uno más de ellos porque en ningún momento alguien realizó algún gesto de desprecio, parecíamos amigos de toda la vida compartiendo un fin de semana al aire libre.

Llegó la noche y después de cenar y estar al lado del fuego que habíamos prendido contando historias inventadas pero que todos no creíamos, decidimos irnos a dormir a la carpa. Una vez allí, todos nos sacamos las mallas y nos pusimos un jogging para estar más abrigados y aquí comenzó el problema. Mientras yo me bajaba la malla, Juan me observaba con una mirada distinta, la cual no había visto nunca a pesar que tenía miradas bastante torvas.

—¡Qué lindo culito estoy viendo! —

—No jodas, Juan—le dije tratando de ponerme el jogging más rápido.

—Se me ocurre que podemos hacer juegos más entretenidos—

—¿Qué juegos? —preguntó Fabio, siempre dispuesto a seguir a su líder.

—Ya les voy a explicar, además va a servir para que aprendan—

Fabio estaba alborotado siempre le parecían geniales las ideas de Juan, Luisito un poco desorientado pero por principio siempre seguía a Juan se tratara de una buena idea o de una estupidez. Yo sospechaba que la idea de Juan implicaba cierto sufrimiento para mí.

—Agárrenle los brazos y tírenlo boca abajo.— Juan me propinó un empujón que me tiró al suelo y ahí quedé más expuesto para que los otros me inmovilizaran los brazos, yo gritaba que me soltaran pero Juan me puso un trapo en la boca y quedé mudo además de inmovilizado en el suelo por mis dos compañeros, Juan me bajó el jogging que me acaba de poner hasta los pies y sentí una de sus manos ásperas en mi entrepierna, separándolas mientras la otra exploraba mi culo despacio e imprimiéndole un movimiento hacia adentro. Agarrado ya no me resistía y tuve que admitir que los dedos de Juan jugando en mi entrepierna y en mi culo no me resultaban desagradables.

Juan se bajó su jogging dejando ver su miembro en toda su plenitud y causando la admiración de siempre en sus amigos, se tiró encima de mí y pude comprobar que en realidad su miembro era más grande porque estaba todo erecto. Lo puso en mi ano y comenzó a empujar para adentro, sentí un dolor terrible pero no quería que parase, sentía esa verga dentro de mí moviéndose y entrando cada vez más adentro hasta que sentí correr por mi culo un líquido espeso que lo llenaba todo y a la vez sentí que mi miembro había alcanzado un tamaño que nunca había visto expulsaba un líquido lechoso espeso. Fue una fracción de segundos, los dos quedamos unidos y sin fuerzas, todavía sentía su pija dentro mío, erecta, intacta.

Salió de adentro mío y me dio vuelta con brusquedad y quedé con mi miembro caído y pegajoso.

—Ven chicos lo que pasa cuando se coge bien—

Nuestros amigos no decían nada, estaban helados, me soltaron los brazos y mi primera intención fue subirme el jogging, no tenía lágrimas de rabia o de dolor, cuando recuerdo el hecho con los años vuelve a mí un calor que me invade la zona pélvica y me excita deseando volver a vivir el momento.

FRANCISCO

Yo siempre forme parte del Equipo de Competición de Natación de la Escuela, mis padres de chico me mandaron a aprender a nadar y yo poseía una aptitud natural. Mi cuerpo se formó con el deporte y más un poco de gimnasio obtuve un cuerpo que las chicas deseaban y los varones envidiaban. Ya a los 15 años debuté sexualmente y de ahí no paré porque además de un cuerpo formado en el deporte, la naturaleza me dotó con una hermosa poronga que volvía locas a las chicas que se iban pasando la novedad unas a otras. Me sentía un ganador entre las mujeres y veía al resto de los varones no tan afortunados como yo con cierto menosprecio, no necesitaba deambular para conseguir donde ponerla lo único que tenía que hacer era hacer una llamadita de celular y la “carne fresca” aparecía. Tampoco me iba mal académicamente, mi carrera universitaria iba muy bien lo que provocaba la satisfacción de mis padres. En Buenos Aires vivía en un departamento que mis padres habían alquilado para que yo estudiara pero que además de eso, yo lo usaba como bulo para mis interminables conquistas.

Yo era un depredador natural, un día fui a recorrer un shopping y entré al baño, me dirigí al mingitorio, pelé y comencé a orinar, de pronto entró un flaquito, más joven que yo se acomodó en el de al lado, abrió su bragueta y sacó su miembro para orinar pero no dejó de mirarme a mí mientras meaba.

—¿Te gusta, se ve que sos puto? —

—¿Te la puedo chupar? —

Era la primera vez que otro varón me lo pedía, siempre me lo habían hecho las chicas pero esto era completamente nuevo en mis 20 años.

—Bueno... pero vamos al reservado —le respondí para evitar miradas comprometedoras.

Fuimos al reservado, jamás sentí tanto placer, su lengua iba y venía desde los huevos hasta la cabeza del pico. No di más, lo di vuelta le bajé los pantalones y lo cogí con pasión, penetrándolo hasta bien adentro, Mi primer macho, pero yo no era gay a mí me gustaban las minas.